

Año II (2.ª época)

Número 5

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

Lo que entendemos por estudiante, Editorial.—*Ensanchando horizontes*, José Vasconcelos.—*Arbitrarias interpretaciones del Sr. Maeztu*, Editorial.—*La Religión del porvenir*, José Antonio Balbontín.—*Libre docencia*, W. Roces.—*Esperpento de los cuernos de Don Friolera (epílogo)*, D. Ramón del Valle-Inclán.—*Pauperismo cultural*, E. Criado y Manzano.—*Los estudiantes alemanes*, H. Bitter.—*Ineficacia de las represiones*, Alvaro de Albornoz.—*A propósito de la Asamblea Nacional del Magisterio*, Antonio Rubio.—*Revista de libros: «Verdaderos humanos»*, Gerardo Diego, Esteban Salazar y Chapela

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 3 enero 1926

Ayuntamiento de Madrid

=====
O B R A S D E
D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
=====

- I. La Lámpara Maravillosa.
- II. Flor de Santidad.
- III. La Marquesa Rosalinda.
- IV. Retablo de la Avaricia, la lujuria
y la muerte.
- V. Sonata de Primavera.
- VI. Sonata de Estío.
- VII. Sonata de Otoño.
- VIII. Sonata de Invierno.
- IX. Tablado de Marionetas.
- X. Opera lírica.
- XI. Jardín umbrío.
- XII. Corte de amor.
- XIII. Cara de Plata.
- XIV. Aguila de Blasón.
- XV. Romance de lobos.
- XVI. Tirano banderas.
- XVII. Luces de Bohemia.
- XVIII. Divinas palabras.
- XIX. Los cuernos de don Friolera.
- XX. Opera romántica.
- XXI. La Corte Isabelina.
- XXII. La Gente del Bronce.
- XXIII. Los Cruzados de la Causa.
- XXIV. El resplandor de la hoguera.
- XXV. Gerifaltes de antaño.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

=====
5 PESETAS, TOMO
=====

EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 5

Director: Rafael Giménez Siles

3 ENERO 1926

DIRECCIÓN

Y ADMINIS-

TRACIÓN:

ZORRILLA, 4

Este número ha sido
visado por la censura



LO QUE ENTENDEMOS POR ESTUDIANTE

Debe EL ESTUDIANTE una explicación: la explicación y glosa de su título. En números anteriores, en el primero de esta segunda etapa, hubiéramos hecho la aclaración oportuna, de haber contado entonces con espacio suficiente. Hoy nos proponemos deshacer el equívoco del nombre que lleva nuestro semanario, nombre, en verdad, humildísimo, que se presta, sin embargo, a suponer en la revista que lo ostenta, ciertas restricciones, de las que está aquélla muy alejada. Ciertamente es ésta una revista de estudiantes, y su título, que no hemos querido variar al reaparecer, está, por consiguiente, ajustado perfectamente, así a los que redactan aquélla como al público a que va dirigida. Pero decir estudiante vale tanto como decir escolar, individuo matriculado, libre u oficialmente, en algunos de nuestros Centros de enseñanza —Universidad, Escuela Normal, de Ingenieros, etcétera, etc.—. Y este es el error; es decir, este es el equívoco que ofrece EL ESTUDIANTE, si nos atenemos al valor absoluto de su título. Sentimos honda satisfacción en ser más amplios. No podemos creer que el estudiante se haga, como por arte de bilibirloque, al ingresar en nuestros Centros oficiales. Fuera de éstos, afanados en trabajos puramente manuales, hay estudiantes. Y en nuestras Universidades, en cambio, sólo una minoría puede considerarse como tales. Así lo reconocemos, y nuestro concepto del estudiante varía, por consiguiente, del vulgar. Para nosotros no puede haber una limitación en este asunto. Consideramos como estudiantes a todos aquellos jóvenes que se afanan en una labor espiritual de superación. Estos jóvenes existen, lo mismo en la Universidad que fuera de ella. Deseo de saber, curiosidad por la ciencia, el arte y la política, hacen al estudiante. Se encuentra éste en el obrero. Ya es frecuente en los jóvenes de las clases trabajadoras el esfuerzo de una labor nocturna, al margen de las horas de su jornada cotidiana. Ello significa deseo de saber, más valioso que ninguno, pues en estos casos se trata de un puro anhelo desinteresado, que exige sacrificios.

Como puede suponerse fácilmente, EL ESTUDIANTE pecaría de estrechez y mezquindad si no pensase, al salir al público, en esas voluntades abnegadas. Observando la situación de España, vemos que su problema es un problema de cultura. No estamos en nuestro sitio. Desconocemos el oficio que nos

mantiene. Somos meros aficionados de nuestras profesiones respectivas. Andamos a ciegas, deseosos de una situación mejor, pero sin saber, hasta ahora, qué hemos de hacer para alcanzar tal mejoría. Problema de cultura. Problema que incumbe al estudiante resolverlo. Al estudiante de la Universidad, al de la Normal, a todos los otros de las demás escuelas, juntamente con los estudiantes no matriculados en Centro alguno, no por eso menos estudiantes que los considerados hasta ahora como tales.

He aquí deshecho el equívoco. Jamás hemos pensado que este semanario sea puramente escolar. Ello hubiera sido una injusticia y una mezquindad, y, por consiguiente, un fracaso. No hemos dejado de pensar, ni un momento siquiera, en que para la obra de regeneración de España se precisan todas las voluntades.

Por otra parte, nuestra actitud ante el estudiante que no pisa nuestros Centros docentes, dista mucho de ser la imaginada. No nos acercamos a ellos como dómynes, dispuestos a darles una lección de alta sabiduría. Ni está ello en nuestro espíritu, ni podríamos comportarnos de tal manera, aunque quisiéramos. Nos acercamos a ellos con un espíritu familiar y comunicativo, deseosos de que sean nuestros compañeros de lucha. Acaso puedan aprender algo de nosotros; pero lo seguro es, sin duda, que somos nosotros los que tenemos que aprender de ello el espíritu de sacrificio y la voluntad tenaz, segura de sí misma, de hacer. No podemos ser maestros, ni hemos pretendido serlo hasta ahora. Nos sentimos poseídos de un deber que cumplir urgentemente, y nada más. Pensamos que cuantos más individuos, fuera y dentro de la Universidad, sientan aquel deber, más próximos estaremos de nuestros ideales.

EL ESTUDIANTE es el semanario de la juventud española. Se dirige a ella, esto es, a aquellos hombres que no se sientan hundidos por prejuicios lamentables. Busca a los jóvenes de espíritu independiente, martirizados hoy día por la contemplación obligada de un panorama inoportuno. No hay restricción, por consiguiente, en EL ESTUDIANTE. No hemos deseado nunca que la haya.

A la juventud, a la que puede denominarse así, de España, y nada más que a ella.

ENSANCHANDO HORIZONTES

por JOSE VASCONCELOS

Por no ver nuestros problemas tal como son de grandes, por no pensarlos, siquiera en grande, es por lo que fracasamos tan a menudo en los medios. Las épocas de decadencia coinciden siempre con un estrechamiento del criterio y una gran timidez, una verdadera miopía de la concepción. Pueblo que no ve más allá de sus mezquinas fronteras, es pueblo perdido; las grandes épocas, en cambio, siempre van acompañadas de un gran aliento espiritual y de vastos propósitos humanos. Y las grandes épocas no vienen, no pueden venir si el pensamiento no las concibe, no las prepara, no las forja primero en el concepto y después en la realidad. Si comenzamos conformándonos con finalidades mezquinas, ¿cómo podremos aspirar a las grandes obras? En cambio, si vemos nuestros destinos tal como ellos son o pueden ser, en toda la infinita variedad y en toda la enorme expansión de sus potencialidades, seguramente que, entonces, la concepción agrandada estimulará, centuplicará nuestras energías. No se trata de quimeras; se trata de realidades que han sido y que pueden volver a ser, si nos esforzamos y vencemos sobre nosotros mismos. La situación del mundo es totalmente distinta de la que prevalecía en la antigüedad.

Las comunicaciones contemporáneas y el moderno concepto de la vida social nos llevan a transformar las nacionalidades, los conceptos, el comercio, la geografía, el ideal. Las cosas mismas marchan, marchan con la velocidad que les impone el genio inventivo del hombre aplicado a la mecánica, a la química. ¿Por qué, entonces, los conceptos se han de quedar atrás? ¿Por qué no se quiere que el pensamiento adelante un poco, a fin de que las cosas vayan teniendo el molde en que vaciar sus dinamismos constructores? El mundo se está haciendo, se sigue haciendo; pero el mundo tropieza y marcha, al acaso, cuando le falta la orientación de la mente. A la mente le toca adivinar, formular, dirigir al destino. Porque la mente posee la facultad divina de la anticipación. Y toda anticipación es fecunda, con tal que *posea esa especie de juicio secreto de ciertas grandes locuras*; el juicio que separa la locura práctica de la locura enfermiza. Ese buen juicio adivinatorio que nos va revelando los elementos con que se cuenta y las posibilidades que se pueden construir con esos elementos. Pero como rara vez es posible ponerse a escribir un libro justificativo de cada aseveración un poco inesperada, se hace necesario lanzar esas aseveraciones, aun cuando corran el riesgo de no ser estimadas, de no ser comprendidas, de no ser ni siquiera advertidas. La concepción hoy corriente del Estado moderno, parecía una extravagancia en la época de las monarquías. En la actualidad resulta extravagante que todavía haya pueblos con reyes. Así ocurre también con la organización de las naciones contemporáneas: es una organización absurda, accidental, convencional. Los cambios urgen, están en el ambiente, se consuman a cada instante, y, sin embargo, hay quien juzga como quimeras todo lo que se escribe sobre nuevos arreglos de las relaciones humanas. Por fortuna, no son quimeras; la historia vive, el cambio marcha, nada es estable; todos los pueblos exigen autonomía y las almas afines cruzan señales por encima de los anchos mares. Un mundo nuevo palpita por encima de esta rea-

lidad mezquina que se está desintegrando y deshaciendo. Las nuevas fronteras no van a ser fronteras políticas, ni fronteras geográficas; las fronteras políticas debieron desaparecer, junto con los monarcas que las imponían: son un resabio del feudalismo; las fronteras geográficas son una consecuencia, no más, de la dificultad de las comunicaciones; el río es frontera hasta el día en que se termina el puente; la montaña separa mientras no se construye el túnel; divide el mar, porque las travesías a vapor resultan demasiado lentas; pero ya no hay límites geográficos en la época que acaba de comenzar, en la era del aeroplano. La barrera que ahora subsiste no durará mucho tiempo; pero de todas maneras es necesario estar preparado para vencerla; es una barrera espiritual: la barrera es el idioma y el tipo de cultura. Más tarde, a la universalidad geográfica, responderán la universalidad étnica y la universalidad espiritual. Pero esta universalidad humana no vendrá sin que antes se produzcan movimientos de asimilación y de integración de maneras espirituales. Esto es lo que representa en la historia contemporánea el movimiento de Unión Hispanoamericana; por eso está cobrando tal fuerza irresistible. Pero ese movimiento no puede estar completo si no lo adicionamos con todos sus afines. Lo mismo que una fuerza química, o que una fuerza eléctrica, la corriente social llama hacia sí a todos los agregados de composición análoga. El movimiento hispanoamericanista no puede estar completo si no comprende a Filipinas. El interés de Filipinas, como caso humano, es enorme. Así como nosotros representamos el advenimiento del indio en la cultura europea, a través de la lengua y la cultura española, los filipinos representan el ingreso del asiático, dentro de la manera espiritual europea. Esto no lo representa el japonés, porque el japonés, hasta la fecha, ha tomado de Europa la máquina, pero no el alma. No ha tomado el alma, porque su imperio es absolutista, y, por lo mismo, asiático, y su religión es shintoísta, o lo que es lo mismo, aristocrática, y, por lo mismo, anticristiana. En cambio, así como nosotros somos indios de alma europea, el filipino es asiático, de alma occidental. Somos los dos casos más interesantes de la historia humana y los dos tipos más próximos de la raza del futuro, que ha de juntar todos los temperamentos, pero dentro de las normas de la igualdad social y la libertad humana. En Africa están gestando, en estos instantes, varias repúblicas.

Pero ateniéndonos a lo que ya está consumado, pongamos unos instantes de atención en el caso de Filipinas. La independencia de Filipinas es es sólo cuestión de tiempo. A pesar de que no pueden conquistarla con las armas, la conquistarán con sus virtudes. Las fundaciones todas del gobierno inferior las han ido acaparando de una manera tenaz, inteligente y pacífica. Un pueblo que se sabe gobernar nunca dura sometido. Los mismos norteamericanos acabarán por reconocer que vale más un aliado fiel que una provincia descontenta. Los filipinos no se aliarán con los japoneses, en contra de ningún pueblo de Europa. La misión de los filipinos es ligar a los pueblos del Asia con la cultura occidental, por medio del ejemplo, la simpatía y el amor. Y al constituirse las grandes federaciones de pueblos, que ya asoman en la historia, los filipinos,

por razón natural, por razón espiritual, que es la más alta razón, estarán con nosotros; serán parte del mundo español futuro: "La Liga de Repúblicas españolas". En esa Liga de pueblos libres, España y Filipinas, como repúblicas independientes, ocuparán su puesto de honor y llenarán su misión particular. ¿Que no lo veremos nosotros? Y qué importa que no lo veamos nosotros. Hidalgo no vio nacer la República, pero vio caer muchos escudos reales. Y eso bastó a su gloria. Si nosotros lo fuésemos a ver, no valdría la pena de estarlo pensando, puesto que lo veríamos. Se piensa lo que no se ve.

Y para que algo ocurra, es menester pensarlo. Cuando los sucesos ocurren sin que previamente los hayan pensado algunas cabezas, entonces no se producen más que disparates; disparates que carecen de la sanción del espíritu. Por eso la historia da tantos traspies, porque suelen dirigirla los pies; pero tarde o temprano se corrige, de acuerdo con la inteligencia. Un distinguido propagandista de la independencia filipina me ha escrito esta frase conmovedora de tan remota que suena: "México fué nuestra Metrópoli." Le respondo que hoy somos hermanos en una lucha imponente; en el afán de hacer triunfar y de imponer en la historia una nueva era del mundo. Por ahora, casi nuestra única arma es la opinión; pero ya sólo eso, una opinión unificada, es un arma invencible. La América española entera debe apadrinar la causa de la independencia filipina. España también podrá hacerlo algún día. El mundo español tiene un hermano opreso: ese hermano es Filipinas. Washington mismo ha reconocido la justicia de la causa filipina y ha prometido concederle autonomía. El día en que cumpla su promesa, la América española entera quedará reconocida. Si no la cumple, no por eso se torcerá la historia.

ARBITRARIAS INTERPRETACIONES

DEL SEÑOR MAEZTU

Lo peor que podemos hacer es, sin duda, combatir a don Ramiro de Maeztu. Basta una oposición, en determinados casos, para despertar en la gente cierto interés por el combatido. Y nada menos interesante que el señor Maeztu, quien nos ofrece el panorama más cerrado, duro, seco y sin espíritu de nuestros días. No queríamos decir una palabra. Le dejaríamos en su actitud de dómine, dictar los remedios que sanarían a España definitivamente. Ya sabemos que cuando el señor Maeztu habla de amor, habla, sin duda, del látigo. Sabemos, además, hasta qué punto llega la ceguera de don Ramiro, y, por consiguiente, su limitación. Maeztu quiere ser una sombra —él mismo nos los dijo en cierta ocasión—, sin otros deseos que ver y comprender. Un hombre que anhela como su más grande ideal ser una sombra, queda, desde el momento que confiesa tal anhelo, perfectamente garantizado: acreditó su incomprensión y su ceguera. Difícilmente verá otras cuestiones —¿cómo le mareará la vida!—, y difícilmente pecará. Esto, nunca.

Por aquella incomprensión y ceguera nos explicamos perfectamente que Maeztu tergiversar con una salud de espíritu irreprochable las más claras cuestiones. Es patente que a ello contribuye el temperamento de don Ramiro, frío y seco.

Así viene dando tumbos, sin que podamos averiguar cuál es la íntima pretensión de este periodista. Su último vaivén, acierto o pifia, como quieran llamarle, lo desarrolló admirablemente hace pocos días, en *El*

Sol, el martes pasado. Trataba del pueblo ruso, de la revolución rusa, de Dostoievski, de Norteamérica. Maeztu es así. Nos habla de la revolución rusa, y nos muestra su fracaso y la seguridad, además, de que el pueblo ruso no saldrá nunca adelante de persistir, como sigue persistiendo, en su ideal comunista. Prueba de que Rusia no conseguirá otra cosa que la ignorancia y el hambre, la halla Maeztu en la actitud de Alemania. El olvido de Alemania lo explica todo. Rusia está perdida definitivamente. Esta perdición de Rusia se basa, precisamente, en la falta de espiritualidad del pueblo ruso. Dostoievski se equivocó cuando dijo, refiriéndose a su país: "aquí se muestra el alma profunda de la Humanidad", aquí está la cultura. Dostoievski se equivocó —y sigue afirmando Maeztu— cuando exclamó desde el fondo de su sensibilidad, refiriéndose a occidente: "esto es la civilización; no es más que un bien externo". Y agrega el periodista, opinando sobre la división —cultura y civilización— que hizo Dostoievski: "Es una clasificación que no tiene otra excusa que la necesidad de consolarse por el atraso de su patria", porque, "después de todo, ha resultado que los occidentales eran también más religiosos que los rusos, como lo prueba el que no se hayan dejado gobernar por el ateísmo descarado que rige en el Kremlin". "Dónde están los bienes mensurables (aquí trae Maeztu el ejemplo de los Estados Unidos) se encuentran igualmente los inefables".

Todas estas cosas las dice don Ramiro poseído del más hondo espíritu materialista (?). Hay que ser así —nos diría—, si no queremos caer definitivamente. Pero si el señor Maeztu ha quedado tan encantado con Nueva York, no debe, en modo alguno, poner al servicio de una predilección particular suya, ideas que son, apenas se las ve, el falseamiento de otras. De lo que pueda ser el pueblo ruso, en el porvenir, dentro de unos años, no es posible aventurar nada. La actitud de Alemania, a que Maeztu le da una significación capital, supone muy poco. Alemania busca un asidero seguro, y Rusia no lo es hoy, por muchos motivos. En cuanto a la división, o clasificación, de Dostoievski, tan natural, corresponde a un orden de sensibilidad que no puede percibir quien no desea ser más que una sombra. La cultura, nos viene a decir Maeztu, el espíritu que no supo sujetar sus sueños, ha fracasado. El ejemplo de los Estados Unidos, que don Ramiro saca a colación de Rusia, es, cuando menos, un absurdo. No podemos negar la fuerza espiritual y el empuje de Norteamérica. Tampoco la negaba Rodó. Pero estamos por asegurar que, en último caso, lo que más gana la estimación de Maeztu, en los Estados Unidos, no es el espíritu en sí, de este pueblo, sino su organización, el hecho de ver a cada individuo en su puesto, "reglamentado", espectáculo éste, en verdad, admirable, que para don Ramiro tiene doble atractivo y deliciosas reminiscencias. Y de este espectáculo, Maeztu saca la conclusión de la superioridad, no material, de los Estados Unidos, sobre el oriente europeo, sino de la superioridad total, material y espiritual a un tiempo. "Los norteamericanos han perseguido un ideal más completo", dice. "Los rusos se forjaron un ideal de santidad imposible". Quizá imposible, pero no incompleto con relación a los Estados Unidos.

(Seguiríamos hablando del artículo de Maeztu, si nos fuera posible discutir en serio sus razonamientos. Harto conocemos lo que don Ramiro quiere deslizar al socaire de sus meditaciones.)

En busca de un ideal

LA RELIGION DEL PORVENIR (1)

por JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

II

Un libro crucial, para el que quiera investigar los gérmenes actuales de la evolución religiosa en España, es: *El sentimiento trágico de la vida, en los individuos y en los pueblos*, del maestro don Miguel de Unamuno.

Se nos revela, en este magnífico poema religioso, la tragedia interior de un alma, entrañablemente española, sometida a las inquietudes del siglo. Atendamos, pues, devotamente, a la revelación de esa obra magistral de Unamuno. Por el gesto orientador de esta conciencia selectísima, al reaccionar frente a la crisis general del espíritu, podremos atisbar las floraciones futuras del anhelo místico de nuestro pueblo, ya que —según advierte Maeterlinck— la idea nueva que descubre el sabio en la soledad de su retiro, acaba siempre por reflejarse en la emoción elemental del labriego que rotura la tierra.

* * *

Entre los dos sentimientos característicos de toda viva religiosidad: el apetito humano de la propia salvación y el anhelo sublime de la salvación universal, parece que el primero promueve, con especial intensidad, la exaltación religiosa de Unamuno.

Para Unamuno, la esencia eterna de la apetencia metafísica reside en el "hambre de inmortalidad", y la tragedia del espíritu religioso, en nuestro siglo, consiste en que la ciencia ha derruido los fundamentos teóricos de la esperanza en la inmortalidad personal, sin que el corazón se resigna a castrar su afán indómito de perdurar eternamente.

¿Cómo salir de esta tortura mística? Por el camino heroico de la acción generosa. "Si es la nada lo que nos está reservado —exclama Unamuno, recordando a "Obermann"—, no hagamos que esto sea justicia." Es decir: obremos de tal modo que nuestro esfuerzo nos haga dignos de la eternidad. ¡Quién sabe si nos será otorgada, efectivamente! La ignorancia de la razón, respecto a los problemas eternos, implica, al mismo tiempo que una inseguridad, una esperanza...

Merezcamos, pues, la eternidad. Y para esto, ¿qué cosa mejor que pelear abnegadamente por la Justicia, como nuestro padre y señor: Don Quijote de la Mancha? El Caballero de la Triste Figura, encendido de amor a la Justicia, lacerado de dolores sublimes, se convierte, bajo la magia de Unamuno, en el símbolo excelso de la nueva religiosidad, de lo que podríamos llamar, con el maestro, la "Religión del Quijotismo".

* * *

Pienso, con Unamuno, que Don Quijote de la Mancha, consagrado en cuerpo y alma a la batalla interminable por el triunfo de la Justicia, representa el más alto prototipo de la pureza humana.

Don Quijote es la norma eterna de la conducta irreprochable. Don Quijote es la síntesis perfecta del Heroísmo y de la Caridad. Don Quijote tiene razón frente a Tolstoy y frente a Nietzsche.

Tolstoy reprocha a Don Quijote el uso de la lanza, como si la lanza no fuese absolutamente indispensable para la realización de la Justicia, para la conquista dolorosa del Bien Universal.

Nietzsche desprecia en Don Quijote su idealismo trascendental, su anhelo puro de Justicia. Nietzsche quisiera que Don Quijote se dejase de quimeras inasequibles y usara su lanza, simplemente, por el placer dionisiaco, por el goce estético de desenvolver su energía, y, en el fondo de todo esto, por una mezquina adoración de los instintos primarios de la vida, como si la vida tuviese algún valor para el hombre, si no existieran, por encima de ella, lumináres magníficos, ideales eternos, sublimes lontananzas que dan a nuestra acción una resonancia infinita.

Sobre los débiles reproches de Tolstoy y de Nietzsche, Don Quijote levanta al cielo la enseña de oro de su lanza, para mostrarnos el lucero ideal de la Justicia, como el símbolo supremo de la única religión inmarcesible.

La lucha heroica por la Justicia constituye, para Don Quijote, una inefable religión, tan fervidamente profesada, que el generoso Hidalgo —superando en esto, no sólo a su prudentísimo cronista, Cide Hamete, sino también, dicho sea con todos los respetos, a su apasionado panegirista don Miguel de Unamuno— llega a olvidarse enteramente de sí mismo, en el arrobo de su locura mística. Estamos ciertos de que el nobilísimo hidalgo don Alfonso de Quijano, el Bueno, con tal de lograr el triunfo eterno de la Justicia Universal, sacrificaría sin vacilar, no ya la vida de su carne, sino también la inmortalidad de su espíritu.

* * *

Es indudable que una conciencia delicada —aun habiendo perdido la fe en Dios y en la inmortalidad del alma— puede hacer del culto a la Justicia una fervorosa religión. El conocimiento de la propia efimeridad significa, sencillamente, un acicate más para el esfuerzo generoso de la conciencia justa. "Debes morir: cumple tu obra" —decía Amiel con insistencia espoleante.

Pero no tratamos aquí, primordialmente, de los problemas íntimos de la conciencia aislada, sino de las nuevas formas de religiosidad popular. Interpretamos la religión, en este estudio, a la manera de Durikheim, como un valor social. Nos interesa, sobre todo, investigar la reacción del pueblo frente a los nuevos príncipes de la Ciencia religiosa.

¿Será verdad que el pueblo, desaparecida su fe en Dios y en las responsabilidades de ultratumba, se convertirá en una piara despreciable? ¿Podríamos hacer del Ideal de la Justicia —con arreglo al sueño de Proudhon— un sustitutivo eficaz del resplandor vivificante con que las viejas religiones exaltaron el alma popular? Y más concretamente, con respecto al tema esencial de nuestro ensayo: ¿Será posible que el pueblo español se apasione de tal modo en el porvenir, por la Religión de la Justicia, que llegue a lanzarse, en holocausto de ella, al sacrificio ascético y a la epopeya heroica, como lo hiciera en otros tiempos a la mayor gloria del Cristo?

Merece la pena meditarlo.

Madrid, 1926.

(Continuará.)

(1) Véase el núm. 4 de EL ESTUDIANTE.

PARA NUESTRA UNIVERSIDAD

LIBRE DOCENCIA

por WENCESLAO ROCES

Nuestra mentida Universidad descansa sobre un peregrino privilegio del profesorado, que es el de no enseñar. Cuando en leyes, reales decretos o medidas gubernamentales se vulnera, una y otra vez, la libertad de enseñanza, se deja siempre a salvo como intangible esta otra libertad, verdadero artículo fundamental de nuestra constitución académica, la libertad de no enseñar. Con ésta, no hay ningún ministro o ficción de tal que se atreva a meterse. Si lo hiciera, nuestros maestros no contemplarían tan impasibles la medida.

Cierto que este privilegio no es privativo de las instituciones universitarias. Es el privilegio del burocratismo y nace precisamente de eso: de montar la Universidad como una burocracia oficinesca, como una nómina de sueldos y de empleomanía. El catedrático español ingresa en el profesorado oficial por una especie de sorteo con trampa (no son otra cosa las llamadas "oposiciones"), y, pasado el desfiladero, empieza la dulce tierra de promisión, misera, pero descansada, donde, si la voz de adentro no le inquieta, puede rumiar hasta la jubilación forzosa una siesta, que nada ni nadie le turba.

De tarde en tarde viene un pobre ministro de esos de disciplina de cuartel, de los que quieren "arreglarlo" todo con el grito de "En su lugar, descansen" (como si el problema fuese de permanencia física en las clases a negados a quienes sería lo mejor pagarles por estarse en casa); pero la nube pasa pronto, y, después de todo, ¿qué más da sestear en la cátedra o en el cuarto casero!

Los únicos que podrían turbar un poco esta dulce siesta del hidalguido raído serían los estudiantes; pero para éstos —y razonablemente, tal como hoy están las cosas— la Universidad es estación de ruta; sólo van allí a coger, lo más aprisa posible, el "aprobado", para seguir adelante. Alguien ha dicho que hoy la Universidad española es una oficina expendedora de títulos profesionales; y no se ve, por qué no se despachan éstos por una taquilla, como las cédulas personales, o en los estancos, como el papel sellado. Sería más expeditivo y bastante más económico, y el Estado acabaría, muy simpáticamente, con una irrisoria ficción.

Pero por si acaso fuera concebible en el estudiante español de hoy un brote de protesta o de rebeldía, es decir, un aliento de juventud, está ahí para evitar el peligro ese magnífico cancerbero del examen por asignaturas, guardián celoso que vela por los fueros de privilegio del señor profesor, y es las más de las veces instrumento propiciatorio de servilismo o de su arbitrariedad.

Contra este mortífero burocratismo del profesorado español no cabría una medida salvadora, si puede hablarse de una posibilidad de salvación de la Universidad española, en medio del marasmo de nuestro descoyuntamiento de nación; esta medida salvadora, que los estudiantes debían luchar tenazmente, por todos los medios, hasta imponerla, porque es la única salvaguardia eficaz de una libertad académica que no

sea a las veces grotesca, es la *libre docencia*. No es ninguna innovación del otro mundo; es una institución que funciona hoy en las Universidades de los países que realmente lo son. No es una medida revolucionaria, aunque en un cadáver hasta el andar sería revolucionario.

Que la Universidad, con un mínimo de garantías de seriedad científica y medios de labor personal acreditados, abra libremente sus puertas a cuantos tengan alguna enseñanza de valor social que dar desde sus cátedras. Que se acabe esa absurda burocracia universitaria de nómina y escalafón, con ese medioeval plan de estudios, encasillados por asignaturas. Que en cada Universidad —que de este modo ha de demostrar su vitalidad para sostenerse— puedan explicar varios profesores la misma materia, de modo que el estudiante pueda elegir libremente la cátedra de quien mejor le enseñe. Y así, el éxito efectivo de la labor de la cátedra, combinado con el de la investigación personal mediante estudios y publicaciones, refrendará la definitiva incorporación del docente al profesorado ordinario, sin el bárbaro y ridículo régimen actual de las oposiciones. Lo cual supone, también, naturalmente, desmontar el absurdo sistema de los exámenes por asignaturas, porque de otro modo, las momias del profesorado, celosas defensoras de la "libertad de no enseñar", sobornarían al estudiante con el "aprobado" a favor.

Diez, veinte años de este régimen de libertad efectiva: libertad de cátedra, de enseñanza y de asistencia, y todos estos años, que hoy pesan con su peso de muerte sobre el cuerpo de la juventud escolar, se convertirían en cenizas, que el mismo soplo de la juventud se encargaría de aventar. Por esto los viejos santones de la cátedra y sus mandatarios en el ministerio harán esfuerzos indecibles por evitarlo, bajo la máscara de reforma de la autonomía. Pero la juventud estudiantil española, si tiene un poco de conciencia de su misión, laborará tenazmente hasta imponer la medida libertadora, como la impusieron con valiente gesto las juventudes libres de la Argentina. Y cuando de este modo hayamos introducido en la Universidad el principio de la libre concurrencia, y con él la lucha por el estudiante, se habrá acabado el catedrático-canonigo. La Universidad se transformará en un taller, en una comunidad de trabajo, y el escolar no será lo que es hoy: pobre recluta académico, pasto de examen y de lista.

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará asimismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

Esperpento de los cuernos de don Friolera

POR DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN⁽¹⁾

EPILOGO

La plaza del mercado en una ciudad blanca, dando vista a la costa de Africa. El ciego pregona romances en la esquina de un colmado, y las rapadas cabezas de los presos asoman en las rejas de la cárcel. El perrillo del ciego alza la pata al arrimo de una valla decorada con desgarrados carteles, postrer recuerdo de las ferias, cuando vino a llevarse los cuartos la María Guerrero.—*El gran galeoto*.—*La pasionaria*.—*Mariana*.—*El Nudo Gordiano*.—*La desequilibrada*.

ROMANCE DEL CIEGO

En San Fernando del Cabo,
perla marina de España,
residía un oficial
con dos cruces pensionadas,
recompensa a sus servicios
en guarnición y en campaña.
Sin escuchar el consejo
de amigos que le apreciaban,
casó con una coqueta,
piedra imán de su desgracia.
Al cabo de poco tiempo
—el pecado mal se guarda—
un anónimo le advierte
que su esposa le engañaba.
Aquel oficial valiente,
mirando en lenguas su fama,
rasga el papel con las uñas
como una fiera enjaulada,
y echando chispas los ojos,

vesubios de sangre humana,
en la cintura se esconde
un revólver de diez balas.
Esperando la ocasión
a su esposa festejaba,
disimulando con ella
porque no se recelara.
Al cabo de pocos días
supo que se entrevistaba
en casa de una alcahueta
de solteras y casadas.
Allí dirige los pasos,
la puerta encuentra cerrada,
salta las tapias del huerto
la vuelta dando a la casa,
y oye pronunciar su nombre
entre risas y soflamas.
Sofocando un ronco grito,
propia pantera de Arabia,
en astillas, de los gonces,
hace saltar la ventana.
¡Sagrada Virgen María,
la voz tiembla en la garganta
al narrar el espantoso
desenlace de este drama!
Aquel oficial valiente,
su revólver de diez balas,
dispara ciego de ira
creyendo lavar la mancha
de su honor. ¡Ay, no sospecha
que la sangre derramaba
de su hija Manolita,
pues la madre se acompaña
de la niña, por hacer
salida disimulada.

(1) Interrumpimos en este número la publicación de la novela de don Ramón del Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, para dar el epílogo de *Los Cuernos de Don Friolera*, la última magnífica novela publicada por don Ramón. En el número próximo continuará *Tirano Banderas*.

¡Y el cortejo la tenía
al resguardo de la capa!
Cuando el valiente oficial
reconoce su desgracia,
con los ayes de su pecho
estremece la Alpujarra.
A la mujer y al querido
los degüella con un hacha;
las cabezas ruedan juntas,
de los pelos las agarra,
y con ellas se presenta
al general de la plaza.
Tiene pena capital
el adulterio en España,
y el general Polavieja,
con arreglo a la Ordenanza,
el pecho le condecora
con una cruz pensionada.
En los campos de Melilla
hoy prosigue sus hazañas:
él solo mató cien moros
en una campal batalla.
Le proclaman nuevo Prim
las kabilas africanas,
y el que fué Don Friolera,
en lenguas de la canalla,
oye su nombre sonar
en las lenguas de la Fama.
El Rey le elige ayudante,
la Reina le da una banda,
la Infanta doña Isabel
un alfiler de corbata,
y dan a luz su retrato
las Revistas ilustradas.

Tras una reja de la cárcel están asomados Don Manolito y Don Estrafalario. Huelga decir que son huéspedes de la trena, por sospechosos de poner bombas, y de haber hecho mal de ojo a un burro en la Alpujarra.

DON ESTRAFALARIO

Este es el contagio, el vil contagio, que baja de la literatura al pueblo.

DON MANOLITO

Será de la mala literatura, Don Estrafalario.

DON ESTRAFALARIO

Toda la literatura es mala.

DON MANOLITO

No me opongo.

DON ESTRAFALARIO

¡Aún no hemos salido de los Libros de Caballerías!

DON MANOLITO

¿Cree usted que no ha servido de nada Don Quijote?

DON ESTRAFALARIO

Ni Don Quijote, ni las guerras coloniales. ¿No le parece a usted ridícula esa literatura, jactanciosa como si hubiese pasado bajo los bigotes del Káiser?

DON MANOLITO

Indudablemente, en la literatura aparecemos como unos bárbaros sanguinarios. Luego se nos trata, y se ve que somos unos borregos.

DON ESTRAFALARIO

¡Qué lejos de este vil romancero aquel paso ingenuo que hemos visto en la raya de Portugal! ¡Qué lejos aquel sentido malicioso y popular! ¿Recuerda usted lo que entonces le dije?

DON MANOLITO

¡Me dijo usted tantas cosas!

DON ESTRAFALARIO

¡Sólo pueden regenerarnos los muñecos del padre Fidel!

DON MANOLITO

¡Con decoraciones de Orbaneja! ¡Ya me acuerdo!

DON ESTRAFALARIO

Don Manolito, gástese usted una perra y compre el romance del ciego.

DON MANOLITO

¿Para qué?

DON ESTRAFALARIO

¡Infeliz, para quemarlo!



Pauperismo cultural

por E. Criado y Manzano

“Se ha dicho hartas veces que el problema de España es un problema de cultura...” Así escribió el *maestro* Ramón y Cajal al pie de su retrato con motivo de su separación oficial de la cátedra en la que tantos triunfos alcanzara.

Osadía de ignorante parece el intento de rectificar al genio; así sea en sus palabras menos representativas. Y, sin embargo, se nos impone dolorosamente la obligación de detenernos ante la voz *hartas*, que el sabio profesor empleó, quizá harto también de sentir la imperiosa necesidad de la cultura que demandara. Porque es bien cierto que no han sido sobradas, ni siquiera bastantes (sinónimos de hartas para la Real Academia), las veces que se ha hablado de nuestro problema cultural. Aún es necesario, tal vez más indispensable que entonces, clamar por que se rediman del acervo común tantos talentos como se pierden en la ignorancia.

Es realmente afrentosa la situación de incultura en que nos hallamos; que no ha llegado a ser de mala o equivocada educación, porque sigue siendo de general ineducación. Y no por encubrirla o acallarla aminoramos sus efectos. Hay que grabar indeleblemente en el cerebro de todo español la vergonzosa cifra de analfabeto que tenemos, la mitad bien crecida de nuestra población, cifra que no resiste apenas la comparación con la que arrojan los países más rezagados de Europa, incluyendo Turquía. Y eso que el porcentaje oficial, obtenido a la vista de las afirmaciones espontáneas de los individuos, no cuenta esos otros casos de analfabetismo relativo, que tan sutilmente registra Julio Senador. Ni tampoco el de aquellos que son analfabetos y lo niegan; aún recordamos el hallazgo, casi en hogaño, de algunos *pobres* alcalde de tantos pueblos *pobres* de nuestra España que habían aprendido a dibujar su firma, y la estampaban al pie de escritos que el secretario presentara, sin saber lo que firmaban.

Se comprenderá, esperamos, que no es sabroso deleite tratar del problema de la propia ignorancia, que a nadie duele tanto como al que la padece. Pero es cruel obligación manifestar que si ciertos factores de la educación española, el maestro y el profesor, en general, se han modificado favorablemente en lo que va de siglo, otros elementos, locales y material de enseñanza, por ejemplo, son verdaderamente inservibles. Diganlo si no los “*encerraderos*” de niños que está visitando Luis Bello en el cerco de Madrid; los tugurios inmundos, ya que no escuelas, como en el que ha hallado muerte la maestra de Zarzalejo, tan diferente de todas las de Suiza, Bélgica o Dinamarca, v. gr.: las Escuelas Normales de Alicante, Murcia, Córdoba, León, Lérida... frente a sus homónimas de Carcasón, Tolosa, Amian, Pisa, Florencia, y cualesquiera de tantas del extranjero, que no citamos porque no se interprete torcidamente la cita; algunos de nuestros Ins-

titutos Nacionales, la misma Universidad Central... En muchos lectores estará el recuerdo de aquel estudiante americano que ha pocos años llegó a Madrid a seguir sus estudios, y al encontrarse en esas galerías conventuales e inhospitalarias, en el ambiente todavía muy enrarecido de nuestra primera Universidad, salió precipitadamente para La Sorbona en busca de más fácil comunicación y mayor aliento.

¿No sabe todo el mundo que las cosas cuestan hoy muchísimo más que antes de la guerra? Acaso lo sepan los individuos como particulares, que no en función de gobernantes. Tal vez la elevación de precios haya afectado a los objetos que se adquieren para el dominio particular y no a los destinados a servicios públicos. No de otro modo podrá explicarse que la consignación que el Estado concede a los centros de enseñanza, desde la Escuela Primaria a la Universidad, sea la misma de antaño, ya de suyo bien mezquina; tanto, y tan desigualmente repartida relativamente, que en algunos sitios, satisfechos los imprescindibles gastos de limpieza, luz y calefacción, parece milagroso que se pueda adquirir algo del material de enseñanza. Frías y exhaustas están nuestras nominales bibliotecas. Desalquilados los viejos estantes de nuestros laboratorios y gabinetes, en los que el huésped carcomido rechina cuando se le saca al aire. (Esto fué un microscopio en otro tiempo; aquel barómetro registraba la presión atmosférica; en el agujero que tiene esta esfera se representaban antes las tierras antárticas, han de decir hoy algunos profesores). Desvencijados y feos siguen los pupitres y bancos, émulos de los que se muestran en la histórica cátedra de Fr. Luis de León. Sucios y malolientes los retretes, y... hasta las clases. Y es que la creciente dificultad para satisfacer las primeras necesidades en esta última década ha obligado al funcionario a pedir y repedir... para obtener algún alivio en sus estrecheces, que por cierto son ya bien angostas; pero jamás se le ocurrió a ministro alguno, al modificar las plantillas de su departamento, para que el funcionario pudiera seguir haciendo frente a la vida, aumentar la consignación del referido material, que también iba siendo más difícil de adquirir. Y de esta falta de demanda por parte del profesor, y de la falta de espontánea asistencia del Estado, se deriva la espantosa miseria en que se mueren nuestros centros de cultura, y que constituye el estigma más doloroso de nuestro espíritu nacional.

A LOS COLABORADORES ESPONTÁNEOS

Desde nuestra aparición estamos recibiendo trabajos que nos envían nuestros lectores espontáneamente. Agradecemos esta distinción, advirtiéndole que muchos de los recibidos serán rechazados, no por lo que pudiéramos denominar endeblez —nos llegan artículos y comentarios de verdadero mérito—, sino por no ajustarse, en espíritu, al tono general de EL ESTUDANTE. Advertimos, además, que sobre esta colaboración espontánea no podemos mantener correspondencia alguna.

Los estudiantes alemanes

por H. Bitter, de Colonia

Nuestro compañero el señor Hans Bitter, de Colonia, nos envía una interesante información sobre la actividad de los estudiantes alemanes asociados en la "Deutsche Studentenschaft", durante las últimas vacaciones. Hans Bitter es redactor-jefe de la *Kölner Universitätszeitung*, uno de los periódicos universitarios más prestigiosos en Alemania. Nos complacemos en recoger lo más esencial de esta información, en nuestro deseo de tener a los lectores de EL ESTUDIANTE al corriente del movimiento estudiantil internacional.

La atención de los estudiantes alemanes, durante las vacaciones del otoño, se hallaba solicitada —dice ya nuestro informador— por tres grandes e importantes Congresos, en los que las aspiraciones de la juventud académica triunfaron en toda la línea.

El primero fué el *Congreso estudiantil de Berlín*. Fué una grata sorpresa para los que temían que nuestras organizaciones prosiguiesen aquí sus devaneos de litigios personalistas sobre cuestiones insignificantes. Este Congreso ha demostrado la solidez y fortaleza de la Federación de Estudiantes alemanes. Ha pasado ya definitivamente la época constitucional de mezquinas luchas nacionalistas y raciales. La organización descansa ahora sobre bases sólidas, y todo esto se ha revelado en el Congreso último. Cabe esperar que sus resultados serán el cimiento para nuevos triunfos y un paso resuelto hacia la autonomía de nuestra organización. El Gobierno y las principales personalidades de la ciencia y de la técnica han seguido el desarrollo del Congreso con viva atención, conscientes de la fuerza que encierra el movimiento.

Entre los *acuerdos* más importantes tomados por el Congreso está el que se refiere a la refundición de los Estatutos de las Universidades prusianas, que se prepara entre las Universidades y el Ministerio; nuestra Federación reclama su definición y pleno reconocimiento como cuerpo autónomo dentro del organismo universitario. Otro importante acuerdo es el que se relaciona con la jurisdicción disciplinaria estudiantil. La Federación exige que se instauren nuevos tribunales, en que se dé una activa intervención a representantes de la clase escolar. El Congreso se ocupó también, muy atentamente, de los trabajos económicos, que durante estos duros años de post-guerra ha sido una de las principales preocupaciones de los estudiantes organizados.

Para fomentar entre los estudiantes el conocimiento y estudio de las cuestiones políticas, se aprobó el establecimiento de "departamentos de instrucción po-

lítica", que ya funcionan en varias Universidades. Se consagró también especialísima atención al problema de los *deportes*. Se aplaudió la fundación de institutos académicos para deportes, pero pidiendo que entrasen también estudiantes en su administración. Y se reiteraron con la mayor insistencia las peticiones de los estudiantes de Lunsbruck sobre construcción de gimnasios y plazas de *sports*. Y, sobre todo, se hizo resaltar la idea de que la finalidad del deporte no era el record, el campeonato ni el pugilismo; sí la formación de una clase profesional de deportistas. Se solicitó, además, que se introdujese una exploración médica obligatoria de todo estudiante, antes de ingresar en la Universidad, para comprobar su aptitud física para los estudios.

Para terminar, dos palabras sobre la fundación de bolsas de estudios para estudiantes pobres, cimentada en el Congreso de este año. El fin de la fundación es facilitar los estudios en el extranjero a los estudiantes más capaces y carentes de recursos. Los medios económicos para lograrlo se obtendrán de las cuotas obligatorias de todos los estudiantes alemanes, con la ayuda del Estado y los donativos de otras entidades públicas y particulares. Al frente de la fundación se hallará un patronato, nombrado por la Federación de Estudiantes.

En estrecha relación con la labor económica de los estudiantes alemanes está el Congreso de la "Solidaridad europea de la Liga mundial de Estudiantes cristianos", celebrado en Ginebra. A esta Asociación se debe que en la terrible época de la inflación gran número de estudiantes alemanes pudiesen continuar sus estudios. En este Congreso, en el que tomaron parte grandes figuras de la ciencia, se reafirmó, una vez más, el fin fundamental de la Asociación: servir al sentimiento de una solidaridad universal de la clase estudiantil y remediar en lo posible los males agudos de la clase en una nación cualquiera. Para estos fines se constituyó su nuevo fondo, al que la Federación alemana contribuyó desde luego con una aportación de diez mil marcos, de presente, en signo de gratitud por la ayuda recibida en tiempos difíciles.

El tercer Congreso estudiantil, al que aludíamos, fué el de la "Confédération internationale des Étudiants", celebrado este año en Copenhague. Esta organización estudiantil internacional, creada en 1919 por los estudiantes franceses de Estrasburgo, se acercó ya a la idea de la igualdad de los estudiantes germanos y latinos en el anterior Congreso de Varsovia. En este último Congreso de Copenhague se admitieron ya los representantes de Alemania como miembros deliberantes. Manifestaciones hechas extraoficialmente por los jefes de la "Confédération" permiten esperar que pronto será efectiva nuestra plena cooperación dentro de este organismo.

Visado por la Censura

LA INEFICACIA DE LAS REPRESIONES

por Alvaro de Albornoz

Después de las guerras napoleónicas, en medio de aquella Europa agitada por las ideas francesas, hay un hombre que se cree escogido para cumplir la misión providencial de dar la batalla a la revolución. Ese hombre es el ministro austriaco Metternich. El príncipe de Metternich, ministro del emperador Francisco II, es la encarnación de la reacción europea y da su nombre al sistema que se implanta en todos los Estados. Este sistema es la negación absoluta de todos los principios liberales; la oposición a todo proyecto, por razonable que sea, de reforma; la intransigencia ante "la idea "absurda en sí misma" de la emancipación de los pueblos". El ministro austriaco ve en las más inocentes manifestaciones de la opinión pública "las agitaciones de la facción"; todo le parece un "volcán", un "incendio" revolucionario; conjura a los príncipes a destruir, a aplastar "la hidra" de la revolución. Y para combatir la revolución, para dar la batalla a la revolución, apela a todas las violencias. Decir Metternich, política de Metternich, es lo mismo que decir ley de excepción, represión brutal, persecución por sistema, delación infame, proscripción de todo medio de defensa, confiscación, destierro, patíbulo.

Por inspiración de Metternich, alma de aquella "santa" alianza de los reyes contra los pueblos, la política austriaca de represión prevalece en todos los Estados de Europa. En los Estados alemanes se restablece el antiguo régimen en toda su "pureza". En Rusia son cerradas las fronteras para impedir que los estudiantes se contaminen en las Universidades de otros países. La reacción italiana llega al extremo de destruir el Jardín Botánico de Turín y de prohibir la vacuna y el alumbrado en las calles de Roma, obra de los "impíos" franceses. En la misma Francia, donde al "terror rojo" sucede el "terror blanco", se violentan las cosas hasta el punto de imponer leyes como la famosa del sacrilegio, que condenaba a muerte al que profanara una hostia.

Inútiles, contraproducentes violencias. "Las agitaciones de la facción" se extendieron, lejos de ser sofocadas. El "volcán" siguió crepitando y propagándose el "incendio". La "hidra" de la revolución levantó de nuevo sus cien cabezas. Y el resultado de la política de Metternich, de la represión austriaca, fueron las revoluciones del 30 y del 32 y las tormentas del 48. La república era proclamada en Francia, e Italia marchaba gloriosamente, libertándose del yugo austriaco, hacia la unidad nacional. Triunfaba la causa de los pueblos. La batalla contra la revolución estaba perdida.

Cuando, en 1870, se constituye el Imperio alemán, el nuevo orden de cosas se establece sobre las bases del militarismo y la burocracia, y un estrecho espíritu burgués une a los diferentes partidos de gobierno, espantados de la tragedia comunista de París, en el santo terror del fantasma rojo. Liberales y progresistas coinciden con los conservadores, imperialistas, defensores de los grandes industriales y de los grandes terratenientes, en el odio al socialismo revolucionario. Hasta el socialismo de cátedra parece peligroso a la burguesía dominante, y hombres como Schmoller

y como Brentano, profesores insignes, de ideas moderadas, en el fondo conservadoras, son combatidos por el liberalismo gubernamental. Defensor, ante todo, del "orden", el Poder público sólo tiene una preocupación: concluir con "la agitación social", acabar con los revolucionarios, aniquilar a la democracia socialista.

Hombre representativo de esa lucha es Bismarck, el "canciller de hierro", que empieza por perseguir periódicos y encarcelar propagandistas, y llega hasta imponer al Reichstag la célebre ley de excepción, dos veces prolongada, contra los elementos "subversivos" del orden social. Con el pretexto de mantener éste fueron arbitrariamente disueltas o suprimidas asociaciones y publicaciones de todo género. La policía se consagró durante años a clausurar centros y secuestrar periódicos. Se declaró en estado de sitio a las principales ciudades del Imperio, y bastaba la más leve sospecha para que pudieran ser expulsados del país los más laboriosos e inofensivos trabajadores. La organización oficial del partido socialista desapareció con la clausura de centros y suspensión de periódicos. En doce años fueron suprimidas mil cuatrocientas publicaciones, expulsadas más de novecientas personas y reducidas a prisión mil quinientas.

Pero la violencia fué, no sólo inútil, sino contraproducente. La persecución sólo sirvió para aumentar la fuerza del partido socialista. En las elecciones de 1874, iniciada ya la represión, los socialistas tuvieron 340.000 votos. En 1877 alcanzaron 480.000 sufragios. Extremada la persecución, y siendo casi imposible la propaganda, el partido socialista perdió algún terreno, y en las elecciones de 1881 sólo obtuvo 310.000 votos. Pero a partir de 1884 cada nueva elección es un nuevo triunfo. En las elecciones de dicho año alcanzaron los socialistas 350.000 votos; en las de 1887, 763.000; en las de 1890, último año de la ley de excepción, 1.427.000. La lucha contra el socialismo había terminado. La batalla contra la revolución estaba perdida. Bismarck, el "canciller de hierro", había fracasado.

Si la palabra represión tiene alguna vez una intensa vibración trágica es cuando se refiere a la historia y a la política de Rusia. En Rusia los movimientos insurreccionales del pueblo provocan las reacciones más terribles. Se deporta y se ejecuta a cientos de millares de ciudadanos. Pero la revolución, que ni siquiera contemporiza con el despotismo ilustrado de Alejandro II, avanza y se encrespa. Alejandro II, que en la segunda mitad de su reinado se entrega al partido de la reacción, cae, después de tres atentados, víctima de una bomba. Sobreviene una era de represión brutal; mas al terror gubernamental responde el terror rojo. Los atentados se suceden. Gobernadores, jefes de policía, altos funcionarios, sucumben a la metralla de una bomba o al filo de un puñal. De las sociedades secretas salen legiones de revolucionarios dispuestos a las mayores audacias. Camino de Siberia o del patíbulo marchan juntos campesinos, profesores, estudiantes. Del brazo de los hombres, mostrándoles valientemente la vía del sacrificio, van hermosas muchachas, radiantes y puras...

Y he aquí que de todas las violencias del pasado, entre las convulsiones de la gran guerra, surge la República de los "Soviets". Aquellos sicarios, aquellos esbirros, se desvanecen como fantasmas, y las víctimas de antes se erigen en jueces inexorables, implacables, ahora. El último zar muere obscuramente, ignominiosamente. Rusia, la gran fortaleza del despotismo en el mundo, se rinde al ejército rojo.

Este número ha sido

visado por la censura

A propósito de la asamblea nacional del Magisterio

Por *Antonio Rubio*, representante de EL ESTUDIANTE en la Escuela Normal de Madrid.

Los maestros de toda España, representados por los asambleístas que estos días se han reunido en Madrid en asamblea extraordinaria, han traído este año en las carpetas de las respectivas asociaciones provinciales que representan, precioso bagaje de aspiraciones, que, demandadas con la razón que ellos y todo ciudadano consciente sabrán imponer, no tendrán más remedio los poderes públicos que reconocer la justicia de tales aspiraciones, y, por tanto, apresurarse a solucionar definitiva y decorosamente el problema de la instrucción primaria.

Como ya se sabe por la Prensa diaria, trajeron los maestros confeccionadas tres plantillas del escalafón, a base del sueldo mínimo de tres mil pesetas y máximo de nueve mil, acoplando las diversas categorías a la necesidad de dar mayor flexibilidad al escalafón y fusionando ambos escalafones.

El total del presupuesto que el Estado habría de destinar a sueldos del Magisterio, en caso de aceptar las moderadas pretensiones de los maestros, sería de 135, 148 o 150 millones de pesetas, según se trate de cada una de las tres plantillas.

A fe que no es mucho lo que piden los funcionarios más necesarios en toda sociedad de hombres modernos, funcionarios a quienes todo pueblo civilizado debiera elevar y dignificar como principales agentes de su prosperidad. Y entiéndase que elevar y dignificar no es entronizar la ineptitud ni fabricar fetiches, sino "crear el maestro" tal como debe entenderse esta palabra con arreglo a su etimología y al concepto que de él se tiene. Todo Gobierno que posea instinto de conservación, y como propio el del Estado, ha de tender a crear maestros y escuelas, si no quiere merecer el dictado de anárquico. El problema de España es problema de escuela —ha dicho un pedagogo, glosando la fórmula redentora de Cosca—, pues con la escuela ya vendrá la despensa. Pero decimos nosotros: para que haya escuela y despensa en el pueblo, es condición precisa y previa que no haya telas de araña ni en la cabeza ni en la despensa del maestro.

EL ESTUDIANTE está recibiendo infinidad de cartas con motivo de su reaparición, cartas, muchas de ellas, que merecen una cordial respuesta. Es tan grande, sin embargo, el trabajo que agobia a la Redacción de esta Revista, que se ve obligada a aplazar aquellas respuestas para la ocasión en que, más libres de ocupaciones, pueda dedicarse a tan agradable como obligada tarea.

La miopía del Estado español ha venido consintiendo con admirable contumacia, desde los tiempos, no lejanos, del resurgir de la instrucción pública, que el Ministerio de ésta sea la cenicienta de todos los servicios que el Estado está obligado a suministrar a los ciudadanos que lo sostienen. En todos los presupuestos vemos que, con desesperante incomprensión, se le asigna a Instrucción pública, proporcionalmente, menos parte del tesoro público que a cualquier otro departamento. ¿Es que el Estado no considera como una de las principales fuentes de riqueza la cultura del país? No se le alcanza que con las semillas de las arcas de Hacienda podría fecundar admirablemente los campos vírgenes de la Instrucción pública, que vendrían, por una ley económica y biológica, a llenar hasta rebosar los graneros de dicha Hacienda, y, por consiguiente, el estómago de todos los españoles. Prueba de ello es el atraso en que, sin ningún género de dudas —no valen generosos patriotismos—, nos encontramos con respecto a países de menos riquezas naturales que el nuestro. Se dice por los economistas —"economistas" tenían que ser; no reconocemos más economistas que Costa, Giner, Picavea, Unamuno, Senador, etc.— que la equiparación del sueldo y escalafón de los maestros a los de los demás funcionarios del Estado nos llevaría a la ruina inevitable del Tesoro, por varias causas; una de ellas que el Ministerio de Instrucción pública no produce nada, y otra, que el número de maestros, profesores y catedráticos es mayor que el de funcionarios de cualquier otro Ministerio más "productivo". Nosotros invitamos a estos "economistas" a que tiendan una mirada en derredor y vean que hay algún otro Ministerio en el que el número de funcionarios es inmensurablemente mayor, y que no sólo no produce nada, sino que es motivo de grandes sangrías a la nación. Sin estas sangrías, y aprovechando la vitalidad de la raza y la riqueza de nuestro suelo y de nuestras inteligencias, créannos los "economistas", sería nuestro país un país envidiable.

Revista de libros

Versos humanos, GERARDO DIEGO (Madrid, 1925).

Decía Amiel: "En el jardín del alma, cada sentimiento tiene su minuto de floración; es decir, su momento único de gracia bien abierta y de radiante majestad". Sólo un momento, y ya hemos apresado nuestro espíritu, en su cénit de radiación total y perfecta. Esperar este minuto, sin violencias, sin pretender acercarlo artificialmente, se llama honradez. Esta espera es lo cotidiano y gris; aquel momento, el día luminoso, de fiesta. Hay que esperar. "Tenemos que esperar". Hay que dejarse ir a la deriva, bajo un cielo dulce o atormentado, sin pretender bogar hacia éste o el otro sitio, ignorantes de dónde, cómo y cuándo hallaremos el momento único de gracia bien abierta. Después, apresado el espíritu en perfecta floración, queda, para el pensador y el poeta, el trabajo lento, esforzado y duro de la forma. Trabajo que consiste en pasar de la abundancia a la sobriedad, del fausto a la sencillez. Se dice técnica; pero la palabra es tan fea, que debiera ser sustituida. Es hablar bien, pintar bien, escribir bien, sin intersticios, sin tirantezas tampoco. Aquella floración querrá ecaparse, dominando todo esfuerzo, sin palabra ni forma; pero nuestro deber y nuestro placer doloroso consiste en apoderarnos de ella, metiéndola en cintura. Ningún poeta como Juan Ramón, en la presente época, ha logrado un equilibrio tan perfecto, ni mayor plenitud. Su biografía sentimental, tramada de floraciones perfectas, se ve lograda, encerrada lógicamente, con imágenes y gramática propias, en sus treinta mil libros. Parece que no es así, sin embargo, porque Juan Ramón llega, a veces, en sus versos, a la raíz —allí donde toma jugo lo más elemental de su espíritu—, y ello le hace pronunciar la palabra que no hemos oído nunca, absurda y extraña en la lógica cotidiana y casera. Sólo llegando a esa luminosidad de Juan Ramón, íntima y última, puede hablarse confusamente, como si los vocablos se resistieran a decir lo que se pretende decir con ellos. El mundo inmediato no ofrece oposición a la expresión, es fácil. Se presta a la medida, tiene forma y color. Describirlo es una operación aritmética, clara y precisa. Interpretarlo vale tanto como describirlo, y de aquí que la expresión, en cuanto forma, no ofrezca resistencia, mostrándose propicia a la diafanidad. Todo lo contrario ocurre cuando pretendemos aden-

trarnos en ese mundo inmediato. A medida que el espíritu avanza, de mano de la sensibilidad, hacia la entraña de las cosas, se ve sumerso en un universo tenebroso, donde las últimas verdades pasan tangencialmente, sin penetrar apenas en el campo visual del espíritu. Es una sensación. Si pretendemos expresar ésta, la palabra cobra, entonces, un sabor enigmático. La palabra se torna canto, y hace los esguinces propios de una canción que se *recrease* a sí misma, elevándose. Juan Ramón ha hecho en su última época —extraordinaria sensibilidad le llevó a ello— inimitables excursiones por un fondo oceánico; y desde cada alto, acuciado por la necesidad artística de expresar, nos ha enviado los más bellos y confusos poemas. Nadie como él sabe abandonarse, seguro de verse elegido por todo cuanto puede contribuir a hacer estético su verso. Su alma permanece como inmóvil. "Parecía mirando a las estrellas, — clavada boca arriba en aquel suelo", cantaba Garcilaso. Juan Ramón, desde su tarde remansada —hondo presentimiento de gran artista—, sabe aguardar el momento único de gracia bien abierta.

* * *

Todo depende de cómo recibamos aquel momento y de lo que nos dispongamos a hacer de él, una vez recibido. Naturaleza obliga, que no nuestra voluntad. Cuando ésta interviene plenamente, desviando, por propio esfuerzo, nuestra íntima inclinación, hay en la forma un temblor visible —parpadeo de inseguridad—.

Aquí está Gerardo Diego, el poeta. Trae sus versos "creacionistas" —ignoramos de qué mares del Norte—, y titubea. Es un libro, *Imagen*, que no le pertenece. Lo escribió perdiéndose de vista a sí mismo, deseoso de hacer arte, y deseoso, además, de verlo libre, recortadísimo sobre el mundo, con vida propia y solitaria. Ademán generoso y libérrimo. El espíritu del poeta se quema en su propia mano, en imágenes, y luce sus colores llamativos; pero ese espíritu se esfuma, y sólo aquí y allá, como por acaso, queda recogido en versos de alto relieve, mostrando una plástica original, brillante y atrevida.

Desaparece Gerardo Diego y vuelve, a los dos años, con otro libro, su *Manual de Espumas*. Ahora va de uno a otro extremo. Se refugia en el verso íntimo, hartado de vivir en el descampado de su arte primero, tan frío. Se refugia, sólo por unos momentos: no se entrega. Este zig-zag le presta a *Manual de Espumas* vida y arte, mitad y mitad. Así viene a ser este libro la confluencia de dos caminos distintos, que se ofrecen ante la sensibilidad del poeta con dispares encantos, persistentemente.

Creíamos que Gerardo Diego iba a permanecer por siempre en aquella inquieta encrucijada, tan bella, cuando nos llega el último libro del poeta, *Versos Humanos*. Y la decoración cambia totalmente. Sólo por unos momentos, sólo en este libro, parece decirnos Gerardo Diego:

Hoy la poesía se quería
vestirse de lesa humanidad.

Sentía necesidad de acudir al verso humano para expresarnos sus anécdotas sentimentales cotidianas. Es otro poeta, con manera y estilo distintos, o el poeta que se ocultaba tras las imágenes de *Imagen* y *Manual de Espumas*.

No podríamos decir si este nuevo libro de Gerardo es, en su género, de más reciedumbre que los anteriores. *Versos Humanos* tiene un valor de construcción; *Imagen* y *Manual de Espumas* —sobre todo este último—, un valor espiritual. Aquél nos gana por su contextura; éstos, por su imaginar libérrimo y caprichoso. No quiere decir semejante diferenciación que los últimos versos de Gerardo Diego no ofrezcan otro encanto que no sea el trabajo de construcción, su técnica: pero sí que Gerardo es, en este nuevo libro, un poeta de tono más opaco. Y no por el espíritu, precisamente, sino por la técnica misma, por el verso consonado perfectamente, que opone al verso libre, caprichoso, a que estaba habituado Gerardo Diego, una dificultad visible, en algunas composiciones. Es perceptible que cobra elegancia el libro en el capítulo "Canciones", donde el poeta se deja ir a su manera, exigiéndose bien poco en la construcción. "La virtud está en vencer resistencias". Parece que Gerardo Diego se propone practicar esta virtud, en verso la más difícil.

* * *

Versos Humanos tiene composiciones que recuerdan al Gerardo Diego de *Manual de Espumas*. Y son, a nuestro juicio,

las mejores. Volvemos a insistir en el capítulo citado, en el cual existe una libertad deliciosa de espíritu y forma:

Mujer de ausencia,
escultura de música en el tiempo.

Esta libertad del poeta le lleva, en algunas ocasiones, a una naturalidad que ya es descuido, del cual sale triunfante el verso por el espíritu que lo anima:

Ser de todas las formas
como agua siempre a gusto en cualquier vaso
siempre abrazándote por dentro.
Y también como vaso
para abrazar por fuera al mismo tiempo.
Como agua hecha vaso
tu confín —dentro y fuera— siempre exacto.

Así Gerardo Diego, en uno de los capítulos de su libro. Pero el tono general de la obra busca la fuente del Duero, por lo que puede suponerse su semejanza con Antonio Machado:

... agua del Duero delgada.
En el recodo la umbría
te pule como una espada,
camino del mar bravío.
Tardes de hastío
junto a las márgenes del río.

No por estos versos —aunque ellos podrían ser suficientes—, por la lectura general de *Versos Humanos*, puede advertirse que la semejanza con Machado no le presta a los poemas de Gerardo Diego la brillantez que poseen los poemas originales de aquel maestro. Un tono oscuro circuye las estrofas, y una bruma norteña, lenta, le restan claridad y brillantez.

* * *

Hemos hablado, en un principio, de Juan Ramón. Cuando se trate de poesía contemporánea, siempre habrá que aludir a Juan Ramón y a Machado, los dos grandes poetas líricos de esta hora. En ellos hubo siempre *decisión*, dictada por una sensibilidad admirable. Esta decisión de que hablo —fatalidad debiera decir— es difícil encontrarla en nuestros poetas más jóvenes. ¿Es la época? No sé. Pero aquí está Gerardo Diego, que ahora reaparece con un nuevo libro, opuesto, en todo, a sus libros anteriores. Zig-zag de juventud, nos dirán. Bien. En este caso lo agradecemos, pues leyendo una bellísima colección de poesías —*Versos Humanos*— hemos podido conocer, en todo su alcance, justamente, el valor espiritual de uno de nuestros más jóvenes poetas. ¿Qué nos reservará Gerardo Diego para su próxima jornada? Todo depende, hemos dicho anteriormente, del sesgo que pretendamos darle al momento único de gracia bien abierta. No ignoro que mentar este "momento" se ofrecerá, a la mayoría como una antigualla. Pero hay que nombrarlo, contra todo prejuicio contemporáneo, siempre que tratemos de arte. Conste que lo demás —forma— se nos da por añadidura. En cuanto a Gerardo Diego, he aquí un deseo particular, personal, quizá con fundamento visible: Desearíamos verle emprender el camino que conduce, de este su nuevo verso, a su verso anterior, para que se detuviera el poeta a mitad de camino. Así conseguiría, es posible, la serenidad de este último libro (recordamos espontáneamente algunos sonetos admirables) y el movimiento cambiante, de múltiples coloraciones, de sus antiguas rimas: "Vida y arte. Mitad y mitad".

ESTEBAN SALAZAR Y CHAPELA.

EL ESTUDIANTE tiene representantes en muchos centros de enseñanza, y desea tenerlos en todos. Podrán dirigirse, por consiguiente, a nuestra Revista, demandando tal representación aquellas personas que más enlazadas se hallen con el espíritu que anima a *EL ESTUDIANTE*

EDITORIAL CARO RAGGIO



Mendizábal, 34

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: Los torbellinos del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. 14,00 ptas.
> semestral 7,00 >
> trimestral 3,50 >

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*
ZORRILLA, 4 MADRID

Suscríbame por un a la Revista *EL ESTU-*
DIANTE. Por giro postal envío a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción ⁽¹⁾.

En a de de 192

(Firma)

Mi dirección:

⁽¹⁾ No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

CALPE

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE LIBRERÍA, PUBLICACIONES Y EDICIONES

ACONTECIMIENTO LITERARIO

EN BREVE SE PONDRÁ A LA VENTA EL

TOMO III

DE

LA DECADENCIA DE OCCIDENTE

POR

OSWALD SPENGLER

EL MAYOR ÉXITO EDITORIAL DE EUROPA

PUBLICADOS ANTERIORMENTE EN LA BIBLIOTECA

IDEAS DEL SIGLO XX

Tomos I y II de La decadencia de Occidente. En rústica, cada uno . . .	9 ptas.
Ricker: Ciencia cultural y Ciencia natural. En rústica.	5 »
Born: La teoría de la relatividad de Einstein. En rústica.	12 »
Uexküll: Ideas para una concepción biológica del mundo. En rústica.	7 »
Bonola: Las geometrías no euclidianas. En rústica.	7 »
Wolffling: Conceptos fundamentales en la historia del Arte. En rúst. ^a	10 »

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y EN

CALPE

CASA DEL LIBRO

Avenida de Pi y Margall, 7. Apartado 547.—MADRID

Envíos a reembolso